

REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO IV. MADRID 15 DE FEBRERO DE 1890. NÚM. 64.

MEDICINA SOCIAL

II

Enfermedades de nutrición.

Kant ha dicho con razón: *el hombre es lo que come*; é Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire añadió: *que sin carne no hay trabajo cerebral suficiente para responder á una gran civilización*.

Las sustancias de que nos alimentamos son condensaciones de fuerzas, venidas en su mayoría del sol, que transformadas en calor en el interior de nuestro organismo, sirven para compensarnos de la difusión térmica del medio ambiente, y atender al ejercicio regular y fisiológico de nuestras funciones.

De este concepto dinámico de lo que son los alimentos, desprende-se, en primer término, el profundo error en que andan hoy enfrascados los fisiólogos y los higienistas al querer calcular la ración culinica del hombre, fundados sólo en análisis elemental extático-químico de las materias alimenticias. No basta, ni con mucho, dar al organismo los 20gramos de azoe y los 310 gramos de carbono expulsados diariamente con las cenizas de nuestras combustiones internas; por la sencilla, pero fundamental razón, de que no es precisamente la materia, sino la energía la que hay necesidad de reparar. Hay que ajustar por calorías la cantidad diaria de nuestros alimentos, tenido, por supuesto, en cuenta, el coeficiente fisiológico de su digestibilidad y de su asimilación. Todo lo demás es caer en los errores de ese atomismo material, que ha creado toda una química artificiosa, que es hora ya de abandonar. A la teoría atómica es preciso sobreponer, de una vez para siempre, la doctrina dinámica, que es más racional y científica.

Si los alimentos son fuentes de calor, la cantidad necesaria de ellos ha de variar, en primer lugar, con el clima en que se vive: es decir, que en los climas cálidos se requieren menos alimentos térmicos que en los climas fríos. Tan es esto así, que el hombre primitivo, que tenía por fuerza que alimentarse de los frutos espontáneos de la tierra, como lo acredita p'enamente su sistema dentario semejante al de los animales frugívoros, se vió precisado á habitar en climas cálidos, si había de poder traspasar su fase bárbara y elevarse poco á poco á la de hombre civilizado.

Y he aquí el secreto de que todas las antiguas civilizaciones tuvieron su cuna en climas meridionales. He aquí el predominio de la civilización; primero, por la India, después por Egipto, más tarde por Grecia, y últimamente, por Roma.

He aquí porqué, al descubrir nosotros el Nuevo Mundo, nos encontramos con aquellas seculares civilizaciones de Méjico y del Perú, enclavadas allí en donde el sol, sembrando el calor y la luz físicos, había hecho retoñar la vida y el esplendor social. Si yo dijera que la civilización viene del sol, no haría una mera figura retórica, sino que expresaría una gran verdad. El sol es fuente de toda vida en la tierra, y la civilización no es más que una sublime eflorescencia de la vida del planeta. El sol hace crecer los vegetales que sirven de pasto á los animales, y éstos y aquéllos sirven de sustento al hombre. Los vegetales condensan las energías solares para prestarles fuerza á los animales, y éstos, por su parte, condensan más y más las energías almacenadas en las plantas, para á la vez ofrecérselas á los carnívoros y al hombre.

De este modo se realiza en la Naturaleza una serie infinita de conmutaciones de fuerzas, en esos acumuladores dinámicos vivos que se llaman vegetales y animales; y por este mismo mecanismo también, se cumple ese círculo eterno de la materia y de la fuerza en el Universo. La diferencia esencial que hay entre una y otra clase de alimentos es, tan sólo, que el coeficiente dinámico de las substancias vegetales es menor que el de los alimentos animales.

Por esta razón el hombre, al tener que emanciparse de su primitivo estado de barbarie y llegar al grado de civilización en que actualmente se encuentra, ha tenido que cambiar de alimentación; y de mero animal frugívoro que era, allá en sus prehistóricos tiempos, trocarse en un verdadero carnívoro. Al crecer en civilización, que equivale á aumentar en potencialidad, tuvo que tomar la energía requerida del exterior; y el alimento animal, en cuanto condensador de fuerzas en extensión, le ha servido de medio poderoso para ese civilizador crecimiento potencial. Así se explica que todos los pueblos que se alimentan aún de vegetales, lleven el sello de la debilidad y de la esclavitud, mientras aquellos otros que se nutren principalmente de carnes, tienen en sí el dominio del señorío y de la fuerza cerebral. Hay muchos hechos en la vida de las naciones, dice Isidoro Geoffroy Saint Hilaire, á los cuales la historia asigna causas diversas, y cuyo verdadero secreto está en la alimentación, ¿Cómo, de otro modo, se podría explicar, por ejemplo, que allende los mares hubiera 140 millones de indios sometidos y obediétes á unos cuantos millares de ingleses, sino fuera por que los Brahmanes, predicando, como otras veces Pitágoras, la alimentación vegetal, con el fin de dulcificar las

costumbres, han llegado á formar, por este erróneo camino, una raza de parias y de esclavos?

Si al lado del grado de civilización de las naciones, se colocase la cantidad de substancias nitrogenadas y especialmente de carne que consumen sus respectivos individuos, se verían coincidir exactamente; como si entre ambas cosas existiera una relación rigurosa de causalidad. Son los ingleses y los norteamericanos los que consumen proporcionalmente más carne en el mundo, y son, sin duda, esos dos pueblos los que cuentan hoy en el día con más potencia cerebral.

Siendo las funciones nutritivas las más imperiosas de la vida de las sociedades, compréndese fácilmente hasta qué punto ha de figurar el defecto de alimentos, ya en calidad, ya en cantidad, entre las causas múltiples de enfermedad y de muerte de sus individuos. La historia de la humanidad está llena de desastres causados por la miseria, y hasta mediados de este siglo no ha podido conseguirse librar á los pueblos de aquellas hecatombes de escasez, llenas de escenas tan espantables, que nuestra fantasía de hoy no es siquiera capaz de imaginar. No había siglo que no contara en sus anales muchas y muy grandes epidemias de hambres terribles, en las que, después de agotar todos los viveres y de consumir todos los animales, hasta los más asquerosos, no murieran millares de hombres, ya materialmente exánimes de necesidad, ya esquilados por las infinitas necesidades que han sido y serán siempre compañeras obligadas de la miseria. Afortunadamente, hoy, gracias á la propiedad más dividida, á la mayor cantidad de terrenos cultivados, á la producción mayor de substancias alimenticias, á las vías de comunicación más numerosas, al comercio relativamente libre, al progreso, en fin, de todas las cosas, se ha conseguido que los pueblos civilizados no se mueran de aquellas legendarias hambres agudas; pero, ¡ah! que se mueren desgraciadamente de una hambre mil veces peor, por lo afflictiva y desconsoladora de su muerte: de una hambre que podríamos llamar crónica. Es verdad que se come, pero son muchos los individuos que no comen lo que necesitan para vivir y conservar su salud. Además, el propio alimento no es alimento; el pan no es pan; el vino no es vino; la carne no es carne; y no hay substancia alguna que no esté sofisticada, alterada, falsificada en su valor intrínseco bromatológico, por un comercio profundamente inmora'. Y todo esto trae, como fatal y necesaria consecuencia, la falta de conveniente nutrición de la mayoría de los hombres, con cargo á la menor resistencia de su organismo para toda clase de enfermedades y fatigas. Al mismo tiempo, el individuo mal nutrido, sobre que enferma con más facilidad, siendo muchas veces pasto de las bacterias, no produce lo que por ley natural debiera producir en beneficio de la colectividad social. En 1841,

dice Gavarret, los obreros ingleses empleados en la construcción del camino de hierro de París á Rouen producían una cantidad de trabajo superior á los obreros franceses; y fué preciso cambiar las sopas y legumbres que servían á estos de cotidiano alimento, por los beefsteaks y carnes semicrudas con que se nutrian los ingleses, para ver á aquéllos dar el mismo trabajo que éstos. En un establecimiento industrial del departamento de Tarn, cuenta el propio Gavarret, M. Talabot mejoró el estado sanitario de los trabajadores, introduciendo la carne en su régimen alimenticio: bajo la influencia de una alimentación casi exclusivamente vegetal, cada obrero perdía en un principio, por término medio, quince días de trabajo por año, á causa de fatiga ó de enfermedad, y desde que se adoptó el uso de la carne, la pérdida de trabajo, por año y por individuo, se redujo á tres días solamente.

Y si esto pasa en las obras del trabajo material, ¿cuánto no se perderá en el mundo por defectos de alimentación en las génesis y creaciones del arte, de la ciencia y de la virtud? ¡Cuántos organismos débiles no caerán rendidos en esta lucha cruel por la existencia, por falta de conveniente nutrición de su cerebro! ¡Cuántos locos, cuántos criminales, cuántos suicidas se habrían salvado de su fatal tendencia á la locura ó al crimen, si hubieran contado con el sostén y el equilibrio que dan al espíritu, un cuerpo robusto y bien nutrido! Reflexiones son estas en donde se abisma el pensamiento del filósofo, al contemplar las íntimas relaciones que ligan el mundo moral con el mundo material, y al descubrir cuán aventurado es dar un veredicto definitivo sobre el valor real de las acciones humanas.

Pocas influencias habrá, como esta de la escasez general de las subsistencias, que más obren sobre el movimiento demográfico de la humanidad. Las malas cosechas y el precio elevado de los trigos y de los demás artículos de primera necesidad traen, como primera natural consecuencia, un aumento de la mortalidad y un descenso de la natalidad. Los matrimonios disminuyen, los jornales decrecen; las grandes empresas se paralizan; aumenta el número de crímenes, sobre todo contra la propiedad; sube el número de suicidios, y toman vuelo la prostitución, la emigración y las enfermedades y miserias de todas clases. He aquí el cuadro que sería preciso gravar indeleble en el pensamiento de esos diputados, que, sin alcanzar bien la trascendencia de sus opiniones, piden en las Cortes el aumento de derechos arancelarios para las harinas y los granos extranjeros, aumentando el precio del pan, so pretexto de favorecer la agricultura, aunque la sociedad entera en su conjunto sufra un golpe gravísimo en su nutrición y en su vida. Esto se llama miopía intelectual, estrechez de horizonte económico, que olvida la salud de la sociedad por querer

favorecer una clase especial de ella; á la manera del médico insensato que empeñado en curar un órgano nutriéndolo á expensas del organismo entero, llegara al fin á conseguir la muerte del individuo, y por ende, la del órgano que pretendió salvar.

A los partidarios de Maltus que creen que las subsistencias crecen en proporción aritmética, mientras que la población aumenta en proporción geométrica, y que por ende, tienen algo de salvadoras y providenciales las carestías y las hambres que arrastran consigo todo el sobrante de población que no tiene lugar lógico en el gran banquete de la vida, les diremos que tornen los ojos hacia las inmensas extensiones del globo, que están todavía inhabitadas é incultas, y calculen la cantidad de productos alimenticios que podrán salir de esos vírgenes desiertos, el día en que la civilización haga brotar de la tierra todo lo que ésta es capaz de dar para el sustento del hombre, y en que los caminos de hierro y las comunicaciones marítimas transporten baratos los productos del uno al otro extremo del mundo.

Para siquiera formarse concepto de esto, no hay más que fijar mientes en la gran revolución económica que ha traído á Europa, en menos de una centuria, el desarrollo de la agricultura en América y en Asia, y la facilidad de las comunicaciones y de los transportes entre los distintos países civilizados. Ha poco más de veinte años, el trigo costaba en New York más caro que en España. En 1870, la América no producía más que 82 millones de hectólitros, y el precio era ya inferior al de Londres. En 1878, la cosecha llegó á 147 millones de hectólitros, y la exportación á Europa fué de 51 millones. En 1879, la producción se elevó á 160 millones. En 1882, la cosecha ha sido de 177 millones de hectólitros de grano, y la exportación de 38.800.000 hectólitros. Y no es solamente la América la que invade con sus trigos los mercados de Europa; es además la India, que produce hoy 95.700.000 hectólitros, y cuya exportación ha decuplicado en menos de diez años.

La consecuencia de esta verdadera invasión de los granos americanos y asiáticos, ha sido, como era natural, una grave crisis para la agricultura europea, que no puede competir, contando sólo con sus tierras esquilmas y el valor extraordinario de la mano de obra, con aquellas otras vastas heredades de terrenos vírgenes y fertilísimos, cultivados á precio insignificante con las modernas máquinas agrícolas. Y á esta gran crisis que atraviesa hoy la agricultura europea, habrá que agregar presto la crisis general de toda la industria, cuando esos pueblos nuevos venidos á la vida civilizada pongan mano en este último baluarte de la vieja Europa.

Pero estos desastres financieros son, al fin y al cabo, más soportables que aquellas otras antiguas calamidades de hambres, que á las

veces comprometían la existencia misma de los pueblos. Por lo demás, tras estos conflictos económicos, vendrá el día en que se establezca el equilibrio del comercio, cumpliéndose con cierta regularidad la ley de la oferta y la demanda. El día en que la mayor parte del g'obo sea cultivada; el día en que las culturas se repartan con relación á los lugares, prefiriendo cada sitio aquellos productos más en armonía con su clima y con su suelo; el día en que las comunicaciones comerciales por mar y por tierra hayan hecho el progreso de reducir al mínimum los gastos de flete ó de transportes, suprimiendo de este modo las distancias; el día en fin, en que por acuerdo universal, unánime, de todas las potencias, se instituya en toda su extensión el dogma económico del libre cambio, aquel día será resuelta para siempre la cuestión alimenticia en el sentido más amplio y humanitario.

Pero este progreso no puede ser más que obra de los siglos. Sería imposible llegar de un salto á este ideal del absoluto libre cambio de productos, sin que resultaran terribles perturbaciones; la completa ruina de los países desheredados, y la desmesurada fortuna de ciertos otros. Los viejos países, con sus gravámenes seculares, sus tierras esquilgadas, sus útiles de trabajo defectuosos y sus instituciones retrógradas, serían vencidos en la lucha por la existencia, por los Estados jóvenes, capaces de invadir con toda clase de productos, á más bajo precio, todos los mercados del mundo, si aquellos no se aprestaren á la defensa de una tan desigual concurrencia, por medio de medidas de protección encaminadas á aumentar los derechos aduaneros de las mercancías extranjeras.

La cuestión del proteccionismo y del libre cambio en el comercio, es un caso de lucha por la existencia entre los pueblos. Todo el mundo es hoy librecambista en principio; es decir, que no hay nadie medianamente versado en cuestiones económicas que no esté persuadido que ha de llegar el día en que desaparezcan las aduanas, como han desaparecido con el tiempo todas las viejas barreras que separaban antes á los pueblos, y en que la libertad y la concurrencia sean las dos únicas bases sobre las cuales se asienten en el porvenir todas las transacciones internacionales.

El Dr. Bordier, en su obra titulada *La vida de las sociedades*, después de defender la tesis de que el cuerpo social es un organismo vivo, en el que los caminos del comercio representan algo así como el sistema vascular en los animales, dice á este propósito lo siguiente: «Poner obstáculos aduaneros en las fronteras de los Estados, de las provincias ó de las villas, que interrumpan la libre circulación de los productos por las vías comercia'es, es exactamente tan antifisiológico como colocar ligaduras en un animal sobre el trayecto de sus vasos. En uno y otro caso se determinan, acá anemias, acullá congestiones,

y en todas partes del organismo individual ó social alteraciones tróficas más ó menos graves. De la única suerte que el animal escapa á la dificultad es formándose, bajo el influjo de la necesidad funcional, otros vasos suplementarios, merced á los cuales se establece lo que se ha llamado la circulación colateral; y las naciones, cuya circulación comercial se interrumpe con ligaduras aduaneras, no tiene otro medio de protestar de la presión sufrida en sus intereses, más que con el contrabando, suerte también de circulación colateral que restablece un tanto la amenazada vida de la sociedad. Así se ha podido decir por Senior, no sin buen humor, que el contrabandista es un reformador radical y talentoso; y que en los países donde el sistema de la prohibición es llevado hasta el extremo, el contrabando es indispensable al bienestar y á la salud de la nación.»

Todo esto prueba, que las diferencias de opinión sobre la realización del libre cambio, estriban solo en la oportunidad de acelerar más ó menos este periodo de transición, armonizando el movimiento de libertad con todos los intereses; y lo cierto es que, en medio de tantos conflictos económicos y de tantas acaloradas discusiones, las medidas de protección van sucesivamente atenuándose y á la vez extendiéndose el círculo de la libertad de los cambios. Otras veces eran las provincias las que se defendían las unas á las otras; hoy son las naciones. No ha de tardar el día en que, formándose ligas internacionales, verdaderas uniones aduaneras, se asocien, por ejemplo, los Estados de Europa para defenderse contra la invasión de los de América y Asia; y así irá sucesivamente ensanchándose la esfera de acción de las libres transacciones hasta que llegue el día en que, repartiéndose por igual todas las producciones de la Tierra, se llegue á resolver definitivamente el problema capitalísimo de la nutrición saludable de los pueblos.

MANUEL M. SALAZAR.
Médico segundo.

EL SUICIDIO EN EL EJERCITO

Tal fué el tema concebido por nuestro distinguido amigo y compañero D. Elías Con y Tres, y por él desarrollado en la noche del 1.º de Febrero actual, en el Centro del Ejército y Armada, ante numeroso público, en el que descollaban hermosas damas, entre variada representación de categorías de las Armas é Institutos Militares.

Conocida la trascendental importancia del asunto, era de suponer que, sólo inteligencia de tan altos vuelos, como es la de Con y Tres, se atreviera á desarrollarlo, y no es de extrañar, en consecuencia, el

éxito que patentizaron las interrupciones de que fué objeto su lectura por las aclamaciones del auditorio y las sinceras felicitaciones que á su terminación obtuvo de cuantos tuvimos el placer de escuchar disertación tan brillante y tan correctamente expresada.

Sólo el gran cariño y profunda admiración que me unen á tan distinguido compañero, pueden hacerme tan temerario, como sólo puede serlo la ignorancia supina que me distingue en otros muchos asuntos, pero muy especialmente en los médico-legales, y salta á la vista que el suicidio entra de lleno en los problemas de esta índole; pero si esto nunca puede servir de escudo á mi atrevimiento al dar cuenta á los lectores de la REVISTA, de tan memorable sesión, pretendo ampararme en las primeras, y confío en que los nunca desmentidos sentimientos de compañerismo en nuestro Cuerpo, me lo consentirán desde luego; y con esta confianza referiré que, después de brillante prólogo, en que se sintetizan ideas que agitan la mente de todo español, y que enfrenadas siempre por la necesidad, aunque jamás olvidadas, se exacerbaron recientemente por vandálicos y tiránicos actos que nunca la fuerza podrá hacer se dispensen ante la razón fría y serena, se inician los principales problemas que se han de desarrollar en el transcurso de la Memoria, á la manera que en toda composición musical de importancia se dejan comprender y manifiestan en sus principios los motivos que más tarde han de adquirir desarrollo, difundiéndose y llevando la admiración al auditorio.

Las causas del suicidio, son divididas en dos, por el conferenciante; las generales á todo individuo en sociedad, y de las que no es posible se halle exento el que siguió la carrera de las armas, y las especiales ó debidas á estas preferentemente, sentando como base antes de pasar á enumerarlas en detalle, que la afirmación del ilustre Balmes, de que el suicidio es el barómetro de religiosidad de los pueblos, no la considera tan positiva verdad como era de esperar del preclaro juicio que la engendró; atribuyendo el aumento creciente de suicidas, no á disminución de entusiasmo religioso sino «á aumento de población, al mayor desarrollo de la aptitud orgánica, perpetuada por la herencia, y á la mayor predisposición individual engendrada por el acrecentamiento de las necesidades sociales.» Admitida esta refutación á las ideas del inmortal autor de *El Criterio*, séame permitido, sin negar su importancia á las razones expuestas, sintetizarlas en una sola, de grandes conexiones con la tercera; en mi concepto, y por lo que prácticamente he podido observar, la causa fehaciente del mayor número de suicidios es la dificultad ó imposibilidad de satisfacer las más imperiosas necesidades orgánicas y sociales, y estas lo mismo hacen referencia al modesto obrero, que expoliado por sus desdichas, se ve obligado á hacer de su cuerpo péndulo de una escarpia ó á arrojarlo

por aterrador precipicio, como al opulento banquero que, preocupado con la terminación de ruinoso operación financiera y no viendo manera posible de saldar sus liquidaciones, se decide á disparar un revólver que aloja mortífero plomo en su cerebro, ó á tomar letal veneno que, absorbido por su estómago, empozoña su existencia. El hambre, que en grande escala no existe hoy, ó mejor dicho, que no se presenta en la actualidad en forma epidémica, gracias á la consideración de alimento humano, hecha por Parmentier, del tubérculo americano importado á España primeramente por los Jesuitas, es en ocasiones el motor que impulsa la mano del suicida á borrarse del mundo de los vivos, pues, ¿á quién se le oculta la precaria situación de tanto artifice desgraciado? O, ¿quién puede ignorar que el que comprometió su palabra en una mala jugada de Bolsa, y no viendo posibilidad de cumplir su deuda metálica, ni de honor, se considere sumido en la más espantosa miseria? De ésta al crimen, sabido es, no existe gran distancia, y que el camino es fácil de recorrer. ¿Puede considerarse como tal el suicidio? La ley nos dice que sí, la sociedad nos dice que no, sin dudar. El suicida que, por carecer de valor en el fatal momento, ó por cualquier fortuito accidente, no llega á consumarlo, después de comenzado, es detenido judicialmente y una insignificante multa ó breve arresto, es cuanto castigo le impone la justicia; pues la sociedad no piensa jamás en condenarlo, ni en colocar sobre la frente del suicida el estigma del criminal que lo permita separar y distinguir de las personas honradas. ¿Es esto tal vez tácita autorización del suicidio? ¿Nuestra vida, nos pertenece en totalidad? ¿Es un préstamo del que no podemos disponer? ¿O no tenemos sobre ella intervención alguna? ¿Debe ser admitido y hasta reglamentado el suicidio?

.....
.....

Si en mi concepto la miseria en todas sus fases, y debida á notorias causas, es la causa mayor del suicidio, existe otra que la sigue en importancia y que es tratada extensamente en el trabajo en cuestión, relatando multitud de casos; y es el contagio ó espíritu imitativo que muchas veces nos ha hecho pensar, no son descabelladas ni mucho menos las ideas darwinianas. Todo el que haya seguido la vida diaria de Madrid, recordará que por los años 1881 y 1882, nos encontramos ante una verdadera epidemia, que adquiriendo extraordinario desarrollo, preocupó grandemente la atención pública y obligó á proponer infinidad de remedios para combatirla, todos inútiles, al poco tiempo que las exaltadas imaginaciones hallaban medios de dirigir sus deseos por otro derrotero, y por último, un diario político propuso que ningún periódico diera cuenta de los suicidios, ni la más su-

maría noticia; y efectivamente, pasado algún tiempo, se publicó la estadística, que demostró palpablemente la disminución de estos accidentes, desde que se adoptó tan sencilla medida, demostrando que los mismos que habían contribuido á su propagación, realizaron su limitación, pues indudablemente en nerviosas imaginaciones hallaba fácil acomodo la idea de realizar un acto que acababan de cometer otros muchos sin grandes dificultades, dolores ni vejaciones, y que en apariencia les conducía á más tranquilas regiones.

Discutiendo poco después si el suicidio es un acto de heroico valor ó de pusilánime cobardía, encuentra ancho campo donde espaciarse la imaginación de mi querido colega, y dándola rienda suelta, nos la presenta en toda su magnificencia y esplendor, para terminar afirmando que, en su concepto, tiene mucho más de lo primero que de lo segundo; y en esta aseveración, me veo obligado á disentir de su opinión, y he de apoyarme en lo por él escrito. Dice: «En la mayor parte de los suicidios, tengo la evidencia de que se *ha luchado* con heroicidad; más las energías se acaban, las fuerzas físicas *decrecen*, lo intelectual *desfallece*, la afectividad se *pervierte*, y llega el momento de ese naufragio que anatematiza y condena la sociedad, que muchas veces pudo evitarlo, acudiendo con su óbolo caritativo ó no desgarrando en girones la honra del pobre náufrago.» Párrafo elocuente en verdad, digno de la pluma que lo expresó, y que al reproducirlo gustoso como gallarda prueba del estilo de la Memoria, lo aprovecho como demostrativo, de que en mi concepto, *existió* lucha que en desiguales proporciones, agitó hondamente el ánimo del suicida, que no hallando probabilidad de resistir tan duro oleaje, perdió su estabilidad y fué devorado por el mismo elemento que en un principio lo sostuvo, tal vez sin darse él cuenta exacta de la situación; es muy posible que no considerándolo como prueba de escaso ó nulo valor, pero en realidad, cuando un obstáculo material se presenta á nuestro paso, lo natural es tratar de salvarlo, intentamos, en efecto, franquearlo, se desplegan hasta las actividades de reserva, se prepara el salto, se realiza, y si las energías son suficientes, el obstáculo es salvado; siendo en el caso contrario infranqueable dique que nos confunde y nos absorbe, demostrándonos somos impotentes para vencerlo. De igual manera, en mi concepto, puede suceder que el ser viviente no tenga sensibilidad tan dura ó tan brava resistencia como las necesidades sociales requieren, y esta apatía lo vence, lo derrota y lo aniquila, ó también puede ocurrir muy bien que, fustigadas las fuerzas por constante batallar, inevitablemente llegan á fatigarse aun las más enérgicas, y llega un momento en que obstáculos insignificantes en otra ocasión, son entonces infranqueable muralla.

La mujer, ese ser, parte del nuestro, y que cada día y en cada mo-

mento es más incomprensible, tiene, á no dudarlo, muchas menos ocasiones de luchar que el hombre; su vida se desliza en la mayoría de casos con notoria tranquilidad, los sobresaltos sociales que agitan la mente del hombre son representados en la mujer por las preocupaciones domésticas, en todo caso de menor trascendencia, y sin embargo, de todos es conocida la excesiva frecuencia del suicidio en la más numerosa mitad del género humano; y ya que existen menos motivos que las impulsen, ¿por qué lo realizan? por valor, si quiere mi amigo Con, pero valor momentáneo, irreflexivo, impetuoso, y como tal, insostenible, tanto como lo es la hercúlea fuerza desplegada por anémica histérica, en el paroxismo de un acceso convulsivo. Las Numantinas, Juana de Arco, Carlota Corday, Agustina Zaragoza y tantas otras, no creo sean febril producto de exaltada imaginación, existieron indudablemente; su heroísmo fué notorio, salvaron naciones y ejércitos, aniquilaron á sus maridos, á sus padres, á sus hijos aterrizados ante los desastres, pero excepciones como estas, sólo pueden confirmar la regla general.

No pudiendo continuar estas reflexiones, sólo dejaré manifestada mi opinión de que considero vergonzoso y cobarde, «que un sér organizado para imponer su voluntad en los restantes seres de la Creación, que domina el planeta que habitamos y utiliza en su favor las leyes de la Naturaleza, que convierte en esclavo al rayo, que surca la atmósfera y desafía las tormentas del Océano, que con unas cuantas letras construye el lenguaje, y con unas cuantas notas compone la melodía, que tiende su vista por el espacio y escudriña los mundos siderales arrebatándoles el secreto de su composición, se quite voluntariamente la vida porque tropezó en la lucha por la existencia con un obstáculo, quizá molécula en lo real, átomo en lo palpable y verdadero, pero gigante montaña en su imaginación, cordillera de granito en su fantasía.»

Los principales medios de realizar el suicidio y especialmente los más frecuentemente empleados en la Milicia, son rápidamente examinados por el disertante y apoyadas sus observaciones por múltiples estadísticas, que demuestran poderosa reflexión, aunada á considerable espíritu analítico; como se demuestra también en el estudio de los medios que deben ponerse en práctica para contener ó impedir el desarrollo de un acto que es vituperado por la verdadera Religión, por la Moral más estricta y por las conciencias honradas.

En el último párrafo todavía encontramos datos en apoyo de nuestra creencia de que, los suicidas, no tienen la suficiente resistencia para vencer las múltiples contrariedades que la *struggle for life*, ó lucha por la existencia nos impone, pues dice nuestro querido compañero: «bendigo á mis padres por haber nacido españoles y ser mi

patria la misma de Guzmán el Bueno, de Gonzalo de Córdoba y Alvarez de Castro, de todos nuestros insignes guerreros y de nuestros arrojados capitanes, y de estos soldados que, en número tan considerable, no humillaron la cerviz ni rindieron sus armas tan fácilmente á los enemigos del suelo patrio, que aún circula por sus arterias la misma sangre de aquéllos que se batieron en Cerinola y los Arapiles, y triunfaron en Bailén y Wad-Ras»; y, sin embargo, ni á Guzmán el Bueno, al arrojar su daga para sacrificar á su hijo, ni al Gran Capitán en sus muchas batallas, ni al inmortal defensor de Gerona, se les pasó por las mientes la idea de sacrificar su vida en aras de su orgullo y holocausto de la vanidad, y hartos motivos se les presentaron, pero en tan eximios próceres no cupo tan ruin idea, como jamás debe hallar cabida en ninguna mente ilustrada, ni en ningún corazón magnánimo.

M. ANDRÉS.
Médico 2.º

PRENSA Y SOCIEDADES MÉDICAS

Técnica de los ingertos epidérmicos.—El distinguido cirujano, Dr. Cervera, en una nota clínica que publica en la *Revista clínica de los hospitales*, á propósito de un caso de ingertos epidérmicos, resume en los siguientes términos la técnica que emplea en esta operación, en la que, en ocasiones hace uso de la piel que cubre la cara interna de la oreja del conejo.

1.º Antes de ingertar dedico quince ó veinte días á obtener la asepsis rigurosa en la ulceración, mediante el uso de frecuentes lavatorios jabonosos con disolución de bicloruro hidrargírico al 1 por 2.000 de agua hervida, y cubro, cada vez, la pérdida de substancia con vaselina boratada.

2.º Dos días antes de practicar el ingerto, suspendo el uso de los lavatorios al sublimado, sustituyéndolos por los de agua hervida, para impedir continúe la acción coagulante de aquél sobre los elementos celulares, y destruya las delgadas capas dermo-epidérmicas que han de ingertarse.

3.º El uso del agua hervida debe continuarse hasta obtener la curación.

4.º No empleo ninguno de los anestésicos locales aconsejados por algunos cirujanos alemanes, porque comprometen la vitalidad de las células.

5.º Para obtener los colgajos dermo-epidérmicos uso una navaja de caras completamente planas y anchas.

6.º El día que practico el ingerto, y estando seguro de haber obtenido la asepsis, comienzo, como Thiersch, por destruir toda la capa granulosa de la ulceración en todo su espesor, mediante una cucharilla cortante.

7.º Terminado este raspado, cubro la úlcera con grasa esterilizada por el calor, comprimiendo ligeramente, durante todo el tiempo necesario, hasta asegurar la hemorragia y toda trasudación vascular. Esto es muy

esencial é importante, pues acaso de ello dependa el éxito de la operación. Es seguro que no se adherirán los colgajos trasplantados, si, por no esperar un poco más, queda algo de trasudación vascular entre la superfíde ulcerosa y los colgajos epidérmicos.

8.º Estos se toman del brazo ó muslo del mismo enfermo ó de otro individuo que se preste.

9.º Debe cubrirse *toda la pérdida de substancia, sin dejar un solo milímetro.*

10. Al hacer la trasplantación ha de tenerse una *especialísimo cuidado* en desalojar las burbujas de aire de debajo de los colgajos, por ser causa muy abonada para que se malogre el ingerto. Si hubiera quedado alguna, se sacará haciendo ligeras presiones sobre ellos con una fina y delgada espátula de concha, hasta lograr su desalojamiento.

11. Terminada la operación se recubre la parte ingertada con una lámina muy fina de papel de plomo, sobre la que se coloca una cura antiséptica, asegurando todas las piezas con un gran número de vueltas de gasas para que la parte resulte bien inmovilizada. Este apósito se levanta á los ocho días, capa por capa, hasta llegar á la lámina de plomo, que se desprende poco á poco con la espátula de concha. Se repiñe la misma cura, y á los quince ó veinte días queda asegurado el ingerto y curada la ulceración. Excusado es decir que la piel de que se toman los colgajos dermo-epidérmicos debe estar perfectamente aséptica.

* * *

Acción fisiológica del cloralamido.—De una comunicación dirigida el 22 del mes próximo pasado á la *Societé de Therapeutique* el Dr. Bilhaut, extractamos los datos siguientes:

El cloralamido es una substancia cristalina blanca y brillante y de sabor amargo. Se funde á 110º C. y por destilación se desdobra en sus componentes. Se disuelve lentamente en diez parte de agua fría, y es soluble en parte y media de alcohol absoluto; aunque se disuelve bien en agua caliente, conviene advertir que si la temperatura se eleva por cima de 60º, se desdobra el producto con menoscabo de su particular acción. Facilitase su disolución por medio de algunas gotas de ácido clorhídrico diluido.

Resulta de las observaciones del expresado autor,

- 1.º Que el cloralamido es un hipnótico potente
- 2.º Que ha podido administrarse sin peligro á un cardiaco afectado de arterio-esclerosis y de una dilatación aórtica complicada con albuminuria.
- 3.º Que no ejerce acción nociva sobre el corazón ni sobre los riñones.
- 4.º Que no se establece el hábito al medicamento sino al cabo de diez semanas de su empleo regular cada dos días.
- 5.º Que la disolución de dicha sal en el agua caliente no destruye sus propiedades hipnóticas.

Y 6.º La dosis que conviene emplear son dos ó tres gramos, tomados de una vez al tiempo de acostarse.

(*Sem. medicale.*)

* * *

Pulmonia; medicación cardio-tónica.—Por lo que tienen de prácticas, copiamos á continuación las conclusiones de un interesante artículo que acerca de dichos extremos ha publicado el Dr. Peinado en la *Gaceta Médica de Granada*

Siempre que en un pulmoniaico observemos que las fuerzas del pulso decaen y, sobre todo que este se hace irregular, témanse graves complicaciones por parte del corazón, que seguramente sobrevendrán sino vamos pronto en su ayuda. Cuando no existe un éxtasis sanguíneo considerable ni el caso es urgente, puede recurrirse á la digital, sobre todo á la infusión de sus hojas, bien sóla, bien, y esto es mejor, unida á la cafeína, que se administrará bajo la forma de sal doble, combinado con el benzoato de sosa, ó con el salicilato de la misma base, pudiéndose dar hasta 1 gramo 50 centigramos de ella (cafeína) en las veinticuatro horas, dividida en varias dosis. La esparteína en cantidad de 15 centigramos cada día, da excelentes resultados, pues dicho medicamento, á su rápido modo de obrar, reúne la cualidad de no acumularse en el organismo, cual sucede á la digital.

Si el caso es muy perentorio, recúrrase antes, sin pérdida de tiempo, á las inhalaciones de nitrito de amilo, y mejor aún á la nitro-glicerina, de la que se pueden administrar tres gotas de una disolución al centésimo, con quince gotas de agua, para hacer una inyección hipodérmica.

Pero si existe gran turgencia venosa, con éxtasis y edemas en diferentes órganos, todo resultará impotente é ineficaz si no se facilita el círculo por medio de una abundante sangría general previa, á la que seguirán inmediatamente los medicamentos cardio-tónicos antes indicados.

En un momento urgente una enérgica excitación de los nervios cutáneos de la región precordial, hecha en un agente revulsivo de acción rápida, podrá levantar las fuerzas de un corazón que desfallece, salvándose así una vida seriamente amenazada.

* * *

Antisepsis; stirona.—Algunos cirujanos americanos recomiendan como antiséptico la stirona, que se prepara mezclando el estoraque líquido y el bálsamo del Perú. Parece ser muy activa, no tóxica y de olor agradable. Se la emplea en el cáncer ulcerado como desodorante, según esta fórmula:

Stirona.....	3,75 gramos.
Glicerina.....	} áá 30 —
Agua.....	

ó aplicada sobre la parte, mezclada con aceite de oliva ó con vaselina.

(*Los Nuevos remedios.*)

* * *

Herpes: alcohol.—El Dr. Dupas, de Lille, ha escrito bajo la inspiración del profesor Leloir, una tesis sobre este asunto. Ha empleado tópicamente con este objeto el alcohol de 90º, ó bien soluciones alcohólicas de resorcina al 2 por 100, ó bien un gramo de timol, ó 3 de mentol, ó 25 centigramos de ácido fénico, ó 2 gramos de tanino por 100 de alcohol de 90º. Si estos tópicos producen mucho dolor, puede añadirse un poco de

cocaina. Se aplican, sobre las partes afectadas, compresas empapadas en cualquiera de estas soluciones y encima se coloca un trozo de hule de seda. Puede emplearse tambien el algodón en rama. Estas curas deben cambiarse con frecuencia durante el día. Bajo la influencia de este tratamiento abortan en seguida las lesiones herpéticas, en pocas horas, si se emplea al iniciarse éstas. Si el herpes ha llegado ya al período de supuración, las vésico-pústulas y las pústulas desaparecen secándose con rapidez, no se forman otras nuevas, y la rubicundez desaparece con igual rapidez. El elemento dolor, se mitiga tambien y no es raro que las neuralgias rebeldes del herpes-zoster se corrijan en pocas horas con este método.

(*Rev. de Med. y Cir. práct.*)

Administración del iodo, bajo la forma de vino iodado.—Con objeto de evitar las dificultades que, por su sabor, ofrece el iodo para emplearlo interiormente, se ha propuesto la administración del vino iodado, el cual se tolera perfectamente por las personas más delicadas y aun por los niños más débiles.

Antiguamente se preparaba directamente el vino iodado poniendo á fermentar la uva con las plantas marinas que contenian iodo, juzgando indispensable para la absorción del iodo la presencia del tanino que lo incorpora en un compuesto soluble especial iodo tánico insípido.

Recientemente ha probado Barnouvín á preparar el vino iodado sin el concurso del tanino, valiéndose de un vino ya hecho y tratado después con la gelatina. Operando en estas condiciones, observó el autor que el iodo se disimulaba perfectamente con el vino, aun en la proporción de un gramo por litro, resultando por tanto que las materias tánicas no ejercían sino una acción bastante secundaria; este hecho no deja de tener importancia, si se tiene en cuenta la acción perniciosa que puede ejercer el tanino de las preparaciones iodo-tánicas sobre los órganos digestivos, especialmente en los niños.

Las experiencias fisiológicas llevadas á cabo con el vino iodado privado de tanino, han dado excelentes resultados, confirmando la opinión del profesor Barnouvín.

(*Il Farm. Italiano.*)

VARIEDADES

El Reglamento de 1883, para el servicio en tiempo de paz, del Cuerpo de Sanidad Militar francés, acaba de ser reemplazado por otro que lleva fecha 25 de Noviembre último, y por el cual se consolida la completa autonomía del servicio de Sanidad y su absoluta independencia administrativa.

Gracias al nuevo Reglamento, tendrán de hoy más los Médicos militares de la república vecina un Código administrativo, práctico en el fondo, metódico y utilitario en la forma, que con razón habrá de ser envidiado por más de un concepto.

Espérase la aprobación del reglamento para el servicio de campaña, cuya redacción, emprendida ya por personas competentes, se confía que

no ha de desmerecer de la del publicado en 1889 para el servicio en tiempo de paz.

* * *

Algunos periódicos de París dan cuenta de un verdadero prodigio obtenido por la asociación de la cirugía y la prótesis dentaria.

Trátase de una mujer de treinta y cuatro años, á la cual ha hecho M. Pean, con su maestría habitual, la resección total de los huesos de la cara por osteofibromas consecutivos á heterotopias dentarias. En la primera sesión fueron resecaos los maxilares superiores, los molares, las apófisis pterigóideas, los tabiquez naso orbitarios y el suelo de las órbitas; en la segunda sesión (seis semanas más tarde), se extirpó el maxilar inferior.

Cicatrizaron las heridas por primera intención, pasaron catorce meses sin notarse fenómenos de recidiva y sólo faltaba corregir la deformidad y remediar los trastornos funcionales consecutivos á una mutilación tan importante. De esto se ha encargado el profesor dentista M. Michaels, el cual, sirviéndose, como punto de apoyo, de la brida fibrosa que une la cara interna del labio superior á la cara posterior de las fosas nasales y el velo del paladar, ha podido adaptar á la piel un aparato de celuloide que corrige convenientemente la deformidad y permite á la operada retener la saliva, hablar y deglutir.

Por lo que queda dicho, demuéstranse los prodigios de que es capaz la cirugía; pero convengamos en que la gloria de este caso tan especial, mucho más corresponde á las maravillas de la prótesis que á la habilidad operatoria: sin ésta pudo tal vez haber pasado la enferma, pero sin aquellas no acertamos á comprender lo que hubiera sido de la operada.

* * *

Con el título *Peligros de los métodos de Pasteur y Ferranz para la profilaxia de la rabia*, está publicando nuestro ilustrado colega el *Siglo Médico* un trabajo literario del Sr. Corminas, que creemos ha de llamar justamente la atención de los médicos y originar no pocas controversias.

Al comienzo de su artículo hace el Sr. Corminas la siguiente declaración de fe, que transcribimos sin comentarios:

«Por mi parte, entusiasta admirador de Pasteur y profundamente convencido de que en las doctrinas modernas está vinculado el verdadero progreso de la medicina, debo decir que con cierta aprensión emprendo aquí la crítica de los resultados obtenidos. Pero los hechos han hablado; con su persuasiva elocuencia me han hecho ver que el método, insuficiente en muchos casos, puede ser en otros realmente perjudicial, y que la falta de leyes precisas no permite casi nunca dar una explicación satisfactoria de los hechos observados.»

Publicaciones recibidas y cuya remisión agradecemos á sus autores y editores:

Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año 1890. de la *Real Academia de Medicina*, por los doctores D. Matías Nieto y Serrano y D. Federico Rubio y Galí.

El Gimnasio, revista mensual de ginnasia médica y de Higiene, publicada en Barcelona bajo la dirección de D. P. Cercós Palau.

Pinzetta per l'esame del fornice congiuntivale superiore del doctor Eugenio de-Agostine. — Milán, 1889.

Recopilación de algunos apuntes para una memoria médico-topográfica de Sentmanat, por D. Ramón Pujadas Serratos. — Barcelona, 1889.

Lo que debe ser el Cuerpo de Sanidad Militar, Memoria leída en la Academia del distrito de Aragón por el Médico mayor personal primero efectivo D. Ramón de Moros y Palacín. — Zaragoza, 1890.